

CAPÍTULO XII

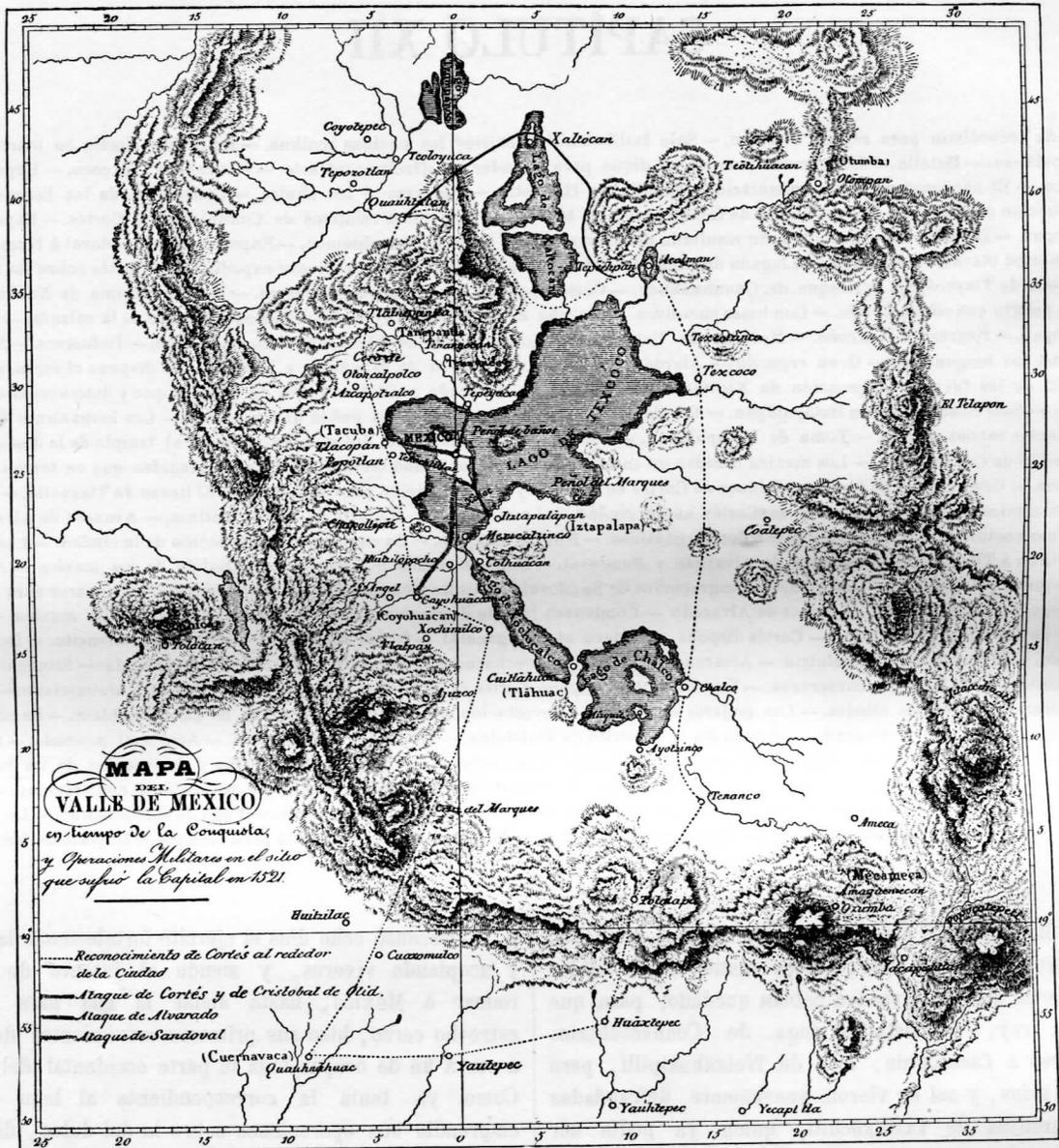
Elección de Tecocóltzin para rey de Texcoco. — Sale Ixtlilxóchitl á sujetar los pueblos acolhua. — Emprende Cortés su marcha sobre Itztapalápan. — Batalla. — Los mexica rompen el dique para inundar el ejército contrario. — Retirada á Texcoco. — Expedición á Chalco. — El supuesto rey Ahuaxpitzáctzin. — Batalla de Huexotla. — Refuerzo á los chalca. — Conclusión de los bergantines. — Conducción á Texcoco. — Disposiciones de Cuauhtemoc en México. — Posiciones relativas de Cuauhtemoc y Cortés. — Expedición á Tlacópan. — Diversos episodios y ningún resultado de la aventura. — Error de Cuauhtemoc. — Expedición de Sandoval á Huastepac. — Los mexica atacan á los chalca. — Llegada de Alderete. — Las bulas de composición. — Nueva expedición de Cortés sobre los tlahuica. — Asalto de Tlayacápan. — Ataque de Cuauhnáhuac. — Cortés penetra en el territorio mexica. — Batalla y toma de Xochimilco. — Gran peligro que corrió Cortés. — Combates sucesivos. — Marcha el ejército á Coyoacán. — Reconocimiento de la calzada. — Vuelta á Tlacópan. — Regreso á Texcoco. — Noticias de Velázquez. — Conspiración de Villafaña. — Su ejecución. — Refuerzos. — Se botan al agua los bergantines. — Gran regocijo. — Alarde del ejército. — Número de españoles y aliados. — Se dispone el cerco. — Distribución de las fuerzas. — Ejecución de Xicoténcatl. — Marcha de Alvarado y Olid. — Toma de Chapultepec y destrucción del acueducto. — Sale Sandoval sobre Itztapalápan. — Cortés parte con la flota. — Toma del peñón de Tepopolco. — Los bergantines destrozán quinientas canoas mexica. — Toma de Itztapalápan. — Cortés toma el fuerte de Xóloc. — Se sitúa en el templo de la diosa Toci. — Situación de Cuauhtemoc. — Los mexica deciden no entregarse. — Se adopta una táctica defensiva. — Medidas que se toman para la defensa. — Oportunidad de las disposiciones de Cortés en el cerco y de su situación para el ataque. — El lienzo de Tlaxcalla. — Ataques de los mexica al fuerte. — Entrada de Cortés en la ciudad. — Lo rechazan. — Reparto de los bergantines. — Avances de Alvarado. — Ataques nocturnos. — Los mexica varan dos bergantines. — Nuevos ataques. — Se empieza la destrucción de la ciudad. — Los mexica se retiran á Tlatelolco. — Combates de Alvarado y Sandoval. — Gana Alvarado la tierra firme. — Salida de los mexica. — Alvarado es envuelto y derrotado. — Desembarcos desgraciados de Sandoval. — Los mexica sacrifican á los numerosos prisioneros para celebrar la fiesta Tecuhilhuitonli. — Avances de Alvarado. — Comienzan la falta de víveres y las enfermedades en el ejército mexica. — Sumisión de los pueblos del Valle. — Cortés dispone un nuevo ataque general. — Orden del ataque. — Alderete es envuelto. — Derrota de Cortés. — El Tlacatécatl Ecatzintzin. — Alvarado y Sandoval son rechazados igualmente. — Pérdidas de la jornada. — Situación difícil de Cortés. — Ventajas que conservaba. — Ixtlilxóchitl. — Repone Cortés su ejército. — Campaña de Malinalco y Matlatzinco. — Llegan refuerzos y vuelven los aliados. — Las mujeres españolas. — Devastación de la ciudad. — Prisión de Coanacóchtzin. — Se comunica Cortés con el campo de Alvarado. — Relato del manuscrito de Tlatelolco. — Toma del gran teocalli. — Asalto al mercado. — Se establece Alvarado en él. — Se completa el cerco. — Situación de los sitiados. — El rabuco. — Asalto y destrucción de un barrio. — Horrible matanza hecha por los aliados. — Requerimiento de paz. — Agüeros. — Cuauhtemoc no se presta á conferenciar. — Nuevo y terrible asalto. — Espantosa situación de los mexica. — El último día. — El último combate. — Fuga de Cuauhtemoc. — Lo alcanza en el lago Holguín y lo hace prisionero. — Presentación á Cortés. — Palabras con que sucumbió para siempre el Imperio de México.

Al día inmediato á su entrada en Texcoco, es decir, el primero del año de 1521, Cortés reunió á los nobles y sacerdotes que en la ciudad habían quedado, para que eligiesen rey, supuesta la fuga de Coanacóchtzin. Designaron á Tecocóltzin, hijo de Netzahualpilli, pero no de la reina, y así se vieron nuevamente defraudadas las esperanzas de Ixtlilxóchitl, quien ya podía ser *tecuhlli* por haber pasado de los veinte años. En compensación se le dió el mando de las fuerzas acolhua, y marchó á sujetar todo el territorio hasta Otómpan, cosa no muy difícil, pues aquellos pueblos veían en Tecocóltzin un rey suyo á quien obedecer. Al mismo tiempo en todo el reino de Texcoco se levantaba nuevo y numeroso ejército aliado para Cortés. Este, por no necesitar ya tanto tlaxcalteca, ó como satisfacción de no ser responsable de los destrozos que sus aliados hicieron, mandó volver á buena parte de ellos, con pretexto de que fuesen por el material de los bergantines.

Descansó ocho días el ejército fortaleciendo la ciudad y acopiando víveres, y siendo el intento de Cortés rodear á México, hasta aislar la isla para ponerle estrecho cerco, hizo sus primeros movimientos de norte á sur á fin de ocupar toda la parte occidental del Valle. Como ya tenía la correspondiente al lago salado, emprendió sus operaciones sobre la del dulce, dirigiéndose como primer punto á Itztapalápan. Lugar perteneciente á los mexica y unido á la ciudad por una calzada, habían cuidado de fortalecerlo y guarnecerlo competentemente. La expedición que sobre ese lugar organizó Cortés iba á su propio mando, y llevaba consigo á los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, diez y ocho de á caballo, treinta ballesteros, diez arcabuceros, doscientos peones, gran número de tlaxcalteca y veinte capitanías de acolhua al mando de Tecocóltzin. Antes de llegar á Itztapalápan se presentó el enemigo, compuesto, á más de los habitantes del lugar, de ocho mil guerreros

mexica, y tanto por tierra como en canoas por el agua, trataron de cerrar el paso á españoles y aliados. Cargó sobre ellos la caballería, y fingiendo retirarse metieron tras de sí á sus contrarios en la ciudad, y abandonando las casas de tierra firme se refugiaron en las construídas en el agua defendiéndolas valerosamente. Cortés y los suyos habían caído en la celada: la ciudad estaba cons-

truída en el lago, y mientras los que se creían vencedores mataban á sus habitantes, la entraban á saco y le prendían fuego, los mexica trabajaron sin descanso en romper el dique para inundarla y hacer que aquellos perecieran en las aguas. A tiempo vió el peligro Cortés y dió la orden de salirse al campo, y aun así se pudo alcanzar la tierra firme con gran dificultad, ahogados



muchos aliados, perdido el despojo y mojada la pólvora. Fué preciso quedarse la noche en el campo, y á la alborada cayó encima tal cantidad de guerreros contrarios, que tuvieron los soldados de Cortés que batirse en retirada hacia Texcoco, adonde llegaron con dos españoles y un caballo muertos y muchos heridos, y gran número de indios aliados fuera de combate.

Destruída Itzta-palápan Cortés organizó otra expedición al mando de Gonzalo de Sandoval, con veinte

caballos, doscientos peones y buen número de aliados, que avanzase á Chalco y Mizquic, tanto para proteger á estos pueblos que se daban por amigos, como para dejar expedito el camino á Itzócán y extender su línea de ocupación paralelamente al territorio conquistado del otro lado de las montañas. Tras algunas refriegas con los mexica, fué ocupado Chalco y la ribera occidental del lago dulce; y como aquéllos hicieran diversas irrupciones en las tierras chalca, refiere Cortés que tenía

que estar mandando constantes auxilios á sus nuevos aliados.

Suponen algunos que en uno de esos encuentros



Tecocoltzin

murió Tecocóltzin y que fué nombrado Ahuaxpitzáctzin señor de Texcoco; pero los jeroglíficos, segura guía en medio de tanto embrollo de los cronistas, no consignan el hecho, y creemos que ha habido error por confusión de nombres.

Mientras pasaba en esto todo el mes de enero, se sujetaba por completo el territorio acolhua y se concluían los bergantines, Cortés bastante qué hacer tenía



Construcción de los bergantines. — Jeroglíficos de Durán

con conservar el lado occidental del Valle y defenderlo de las continuas entradas de los mexica. La más seria de éstas fué una expedición organizada por el incansable Cuauhtemoc sobre las tierras de Coatlinchán y Huexotla, para cortar la comunicación entre las riberas de ambos lagos. Fué de tal gravedad esa invasión, que Cortés temió ser atacado en Texcoco y pasó en vela la noche y sobre las armas todo el siguiente día; mas como supiera que los mexica no avanzaban y se hacían fuertes en las orillas del lago, salió sobre ellos á la mañana inmediata con doce de á caballo, dos cañones y doscientos peones, y competente refuerzo de aliados. Destrozados los mexica tuvieron que retirarse en sus canoas. Urgía la construcción de los bergantines para evitar esos desembarcos del enemigo. A fin de proteger contra ellos á los chalca, había mandado Cortés que bajasen á reforzarlos los de Huexotzinco y Quecholac, sus antiguos enemigos.

Al fin se tuvo noticia de que los bergantines estaban terminados. Para probarlos se había represado el río Zahuápan, y como resultaron buenos y útiles los trece construídos, se desarmaron para transportarlos á Texcoco; y al efecto salieron con ellos Martín López, Alonso de Ojeda, Márquez, González, otros dos españoles, y gran cantidad de tlaxcalteca para su conducción y defensa. Ya Sandoval había marchado por ellos con quince caballos, doscientos peones y algunos miles de aliados, y aun había llegado á Calpulápan, llamado Pueblo Morisco por los españoles, donde vengó la muerte de Yuste y sus compañeros con gran matanza, haciendo multitud de esclavos y quemando el lugar. En Hueyotlípán se unieron ambas expediciones, y volvieron en el siguiente orden: ocho de á caballo á la vanguardia, cien peones y diez mil aliados; ocho mil indios cargando lá tablazón y piezas de los bergantines, remudándose en el trabajo, y con ellos los *tlamame* que conducían las velas, clavazón, jarcia y demás accesorios; dos mil con víveres; cubriendo los flancos Ayotécatl y Tecuhtepil con diez mil guerreros cada uno, y cerrando la retaguardia el resto de peones y caballos con otros diez mil tlaxcalteca. Tres días duró esa marcha asombrosa en que se robaba su poder al mar, sin que los pueblos del paso se atrevieran á atacar tan poderoso convoy, y al cuarto entraron en Texcoco. Cortés con españoles y acolhua vestidos de fiesta salió á recibirlo y á vitorrearlo. En todo esto iba concluyendo el mes de febrero.

Se había empezado á construir de antemano un canal hondo para armar y poner á flote los bergantines, y en él se dieron á trabajar sin descanso multitud de indios bajo la dirección de Martín López. Los mexica intentaron en repetidas sorpresas quemar el astillero; en una de ellas se hicieron algunos prisioneros, de quienes supo Cortés lo que en México pasaba. El primer día del año mexica y 1° de marzo se había coronado solemnemente Cuauhtemoc, y estaba decidido á no cejar en la contienda. En México se reunía la mayor cantidad posible de valerosos guerreros de los pueblos amigos, sin otra esperanza que vencer ó morir; se aumentaban sin cesar las obras de defensa, y se fabricaban armas constantemente, adiestrándose todos los que podían empuñarlas, y se hacían diariamente oraciones y grandes sacrificios á los dioses, pidiéndoles victoria contra los españoles y contra los demás enemigos.

Mas si la posesión del lado occidental del Valle era de suma importancia y constituía una magnífica base de operaciones para Cortés, esto no le daba aún verdadera supremacía sobre México. Cuauhtemoc conservaba la isla unida á todo el territorio mexica que le pertenecía, desde Xochimilco, en el lago dulce, hasta Atzacapuzcalco, en el extremo occidental del salado; y á más de ese terreno extenso que le proporcionaba gran número de guerreros y cuantiosos víveres, podía contar aún por el sur con el auxilio de los tlahuica de Cuauhnáhuac, por

el poniente con los matlatzinca, y por el norte con los habitantes del Cuauhtlálpan, los mismos que persiguieron á los españoles en su retirada y que fueron siempre fieles á México, y hasta entonces era también el único dueño de las aguas de los lagos. Sin duda, tomando la ofensiva, era inferior á los españoles por la superioridad de las armas de éstos, pues no podían los mexica resistir con éxito á la artillería y á la caballería; y esto explica que no hicieran un ataque serio sobre Texcoco y Chalco; en las batallas á campo raso tenían que ser inferiores por las mismas causas; pero defendiéndose, podían recobrar la ventaja, á pesar de los millares de aliados que Cortés lanzara sobre ellos. Su táctica debía ser defensiva, y la prudencia aconsejaba á los españoles no agredir mientras no pudieran dominar las aguas de los lagos.

Pero los bergantines no estaban terminados, y volviendo Cortés á sus impacencias, ó por tener en actividad las numerosas fuerzas de sus aliados, decidió mientras se armaban aquéllos emprender una campaña por el norte del Valle. Prescott la toma por reconocimiento; mas como fué en el rumbo seguido en la retirada después de la Noche Triste, no podemos darle ese carácter. Con gran reserva y secreto salió Cortés de Texcoco con veinticinco de á caballo, trescientos peones, cincuenta ballesteros, seis cañones y numerosos aliados: todavía en terrenos del reino acolhua, ya al caer la tarde, se le presentaron fuerzas mexica á batirlo cerca de Chiconáuhtlan. Fácilmente las desbarató y siguió al siguiente día sobre la ciudad é isla de Xaltócan, situada en el lago del mismo nombre. La atacó con grandes riesgos, molestias y pérdidas, y después de saquearla é incendiarla, salió de ella á pernoctar á unas caserías no lejanas. Al otro día, sin encontrar enemigo y pasando por Atzacapuzalco, llegó el ejército á Tlacópan, en donde tuvo que entrar tras de reñido combate que sostuvieron los mexica hasta entrar la noche. Al amanecer se saqueó é incendió la ciudad. Siguiéronse seis días de combate por constantes salidas de los mexica. Se refiere que éstos insultaban de preferencia á los tlaxcalteca desafiándolos, de lo cual se siguieron numerosos encuentros parciales. Cortés hizo también algunas entradas hacia México, y quemó el pueblo de Popotla. En una de ellas los mexica fingieron retirarse, y como los siguiera por la calzada, á poco lo rodearon por tierra y agua, teniendo grandes dificultades para volver á tierra firme, y con pérdida de cinco españoles y muchos heridos. El alférez Volante cayó al agua con la bandera, y ya preso por los mexica, pudo volver á la calzada y escapar. Cortés dice que hizo esa expedición por conseguir una entrevista con Cuauhtemoc y reducirlo á la paz; pero como no lo alcanzara, se volvió con el ejército á Texcoco, no sin que le molestaran seriamente en su camino los contrarios.

Esta aventura, en la cual empleó Cortés unos doce

días con gran molestia, riesgo y pérdidas de sus fuerzas, sin alcanzar otro resultado que algún botín, y exponiéndose en ataques inútiles é innecesarios como el de Xaltócan, fué un error inexplicable. No necesitaba de esa marcha para buscar una conferencia con Cuauhtemoc, quien en varias ocasiones había manifestado su resolución de no cejar en la contienda, ni sus aprestos indicaban intenciones de paz. Dividió su ejército, exponiéndose á ser atacado cuando no tenía el conjunto de sus fuerzas, y el resto no podía auxiliarlo de pronto; y tan cierto es esto, que lo temió Sandoval, y á su vuelta lo encontró á mitad de camino, yendo ya en su busca. Pero á su vez Cuauhtemoc cometió el error de no lanzar sobre Cortés todos los elementos de que podía disponer: situado éste en Tlacópan, y atacado de frente por los mexica en una poderosa salida, difícil le habría sido salvarse si al mismo tiempo le caen y le envuelven las numerosas huestes tepaneca del poniente y los millares de guerreros del Cuauhtlálpan del norte del Valle. Pero Cuauhtemoc creyó sin duda que iban á atacar la ciudad, y sólo pensó en defenderla, con lo cual se salvó Cortés.

No bien había llegado éste á Texcoco, cuando tuvo que mandar la otra mitad de su ejército con Sandoval á atacar á los tlahuica de las montañas del sur del Valle que hacían constantes irrupciones en el señorío de Chalco. Pronto dió la hueste con los mexica, que con numerosos escuadrones salieron á la defensa de sus aliados. Pero tras rudos combates y con no pocas pérdidas, al fin triunfó Sandoval y ocupó la hermosa ciudad de Huaxtepec, afamada por sus jardines encantadores. Tras ligero descanso de dos días siguió el ejército sobre Yacapixtla, fortaleza poderosa colocada en la cima de un cerro. Fué terrible la lucha para escalar ese nido de águilas. Sandoval, ya herido, lo consiguió al fin; y los defensores, antes que entregarse, se despeñaron al río teniendo en sangre su corriente. Regresó el ejército á Texcoco con gran botín, en especial de indias escogidas: mas no bien había llegado, cuando los chalca dieron aviso de que nueva expedición de veinte mil mexica se preparaba á desembarcar en su señorío. Cortés, á la noticia, sin escuchar á Sandoval que en esos momentos iba á darle cuenta de su expedición, lo mandó volver á Chalco; mas cuando llegó, los chalca, auxiliados por los huexotzinca y otros guerreros de la región, ya habían desbaratado á los mexica, cogiendo muchos prisioneros y entre ellos á quince jefes. Tornó Sandoval á Texcoco con los despojos de la victoria, y no se presentó á Cortés, lastimado por la manera con que había hecho partir; pero aquél supo después contentarlo.

Cortés pretendió dar cumplimiento á sus ordenanzas, exigiendo que se le presentase el oro recogido en las expediciones: esto disgustó principalmente á los tlaxcalteca y comenzaron á ausentarse del campamento, por lo cual Cortés tuvo que prescindir de su rigor. Pero en cambio se llevó á cabo la presentación de esclavos para herrar-

los, y en esto se hicieron más fraudes que en Tepeaca, sobre todo de indias hermosas.

Por ese tiempo pasó un suceso que es muy característico de la época. Llegó de España una nave con Julián de Alderete, tesorero nombrado por el rey, y con él buena cantidad de hidalgos, quienes desde luego tomaron parte en la Conquista, y un fraile andaluz llamado Melgarejo de Urrea, bien provisto de bulas de composición. Como los soldados no tenían muy tranquila la conciencia de todas sus fechorías, hizo buen negocio el fraile con sus bulas de San Pedro, y se volvió rico y compuesto á España.

Como se preparaban numerosos pueblos tlahuica á invadir nuevamente el territorio de Chalco y no estuviesen todavía terminados los bergantines, decidió Cortés ir en persona á castigarlos; y dejando en Texcoco veinte caballos y trescientos peones al mando de Sandoval, salió él con treinta de á caballo, trescientos peones, veinte ballesteros, quince escopeteros, veinte mil acolhua y mayor número de tlaxcalteca. Iban con él los capitanes Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid, y los recién venidos Alderete y Melgarejo. La salida de tan respetable ejército fué el 5 de abril; el 6 permaneció en Chalco; y el domingo 7, después de oír misa los españoles, marchó hacia los desfiladeros de la montaña. Llegó frente á Tlayacápan y fué preciso escalar rocas escarpadas y que se dijera inaccesibles para apoderarse del punto, y al día siguiente, lunes 8, se repitió la misma trabajosa tarea para tomar otra fortaleza levantada en otro peñol. El miércoles 10 siguió el ejército para Huaxtepec donde entró sin resistencia, y el jueves 11 pasó por Yautepec, y llegando á Xiuhtepec permaneció allí el viernes 12. Previos el saqueo é incendio respectivos, siguió el sábado 13 sobre Cuahnáhuac, hoy Cuernavaca. Su *tecuhtli* Yoátzin se dispuso á la defensa: rica y fuerte la ciudad, estaba rodeada de profundas barrancas y pasos difíciles. El ejército se detuvo ante la barranca sin poder pasar, recibiendo entre atronadora gritería descargas incesantes de flechas enemigas; mas á poco uno de los aliados avisó á Cortés que á alguna distancia había encontrado una senda que podían atravesar los caballos, con lo cual fueron mandados en su dirección algunos jinetes; pero entre tanto un tlaxcalteca, viendo un árbol inclinado cuyas ramas alcanzaban á la orilla opuesta de la barranca, atravesó por él; siguiéronle Bernal Díaz y otros treinta españoles y muchos aliados, que de improviso se vieron así dentro de la ciudad, y atacaron por la espalda á sus defensores. En eso llegaron por el flanco los de á caballo con Alvarado, Olid y Tapia, con lo cual se desorganizaron los tlahuica y dieron á huir, destrozándolos Cortés que con el resto de la caballería siguió su persecución. Después del triunfo las casas de la ciudad fueron puestas á saco é incendiadas, haciéndose gran presa de mujeres y muchachos. Cortés había alcanzado un gran resultado

destruyendo á los tlahuica, poderosos auxiliares de Cuauhtemoc; y éste desperdió la ausencia de su contrario y más de la mitad de su ejército, cuando en esa sazón debía haber caído con todos los mexica y sus aliados sobre el reino acolhua, arrasarlo, y si era posible tomar Texcoco y quemar los bergantines.

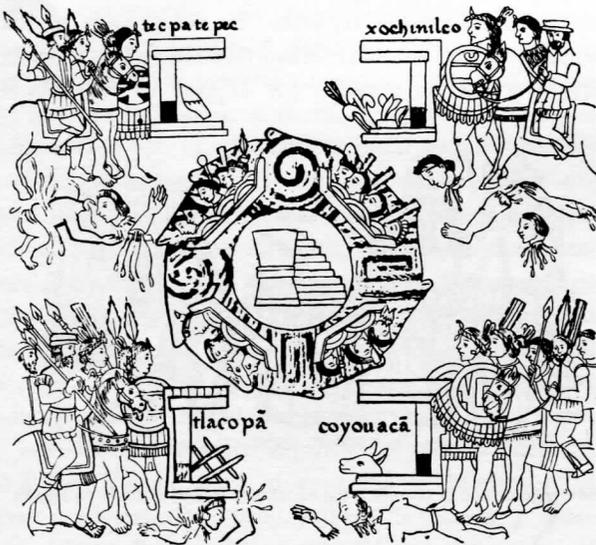
Cortés, á su vez, en lugar de alejarse de su base de operaciones debió volver á ellas; pero su genio necesitaba actividad, y volteando por las faldas del Axochco penetró en el territorio mexica. El domingo 14 pernoctó en Cuauhxmúlco, y el siguiente, lunes 15, á las ocho de la mañana se presentó con su ejército frente á Xochimilco. Sin duda fué una sorpresa; pero la construcción de la ciudad, en su mayor parte dentro del lago, permitió la defensa hasta la tarde, que llegó en su auxilio un ejército mexica, el cual acometió con tanto brío que se vieron en aprieto los españoles, pues eran hombres tan valientes sus contrarios, que con la sola macana y escudo osaban esperar el choque de la caballería. Durante el ataque cayó el caballo de Cortés; mas éste siguió en pié combatiendo con su lanza. Herido en la cabeza y rodeado por los mexica, ya lo llevaban á México, conservándole la vida para sacrificarlo, cuando un tlaxcalteca llegó en su auxilio y detuvo á los contrarios, dando tiempo á que llegasen unos soldados españoles y salvaran á Cortés. No descansó el bravo capitán; cabalgó de nuevo é hizo frente al enemigo hasta lograr con los suyos guarecerse en Xochimilco. La noche se pasó en completa vigilancia, con lo cual se evitó el desembarco de otro ejército mexica, no sin que se llevaran algunos españoles vivos para sacrificarlos á sus dioses. Concluida la pólvora se armaron de ballestas con puntas de cobre ó bronce hechas por los indios, de que se llevaba buen repuesto. Se refiere que al día siguiente buscó Cortés al bravo tlaxcalteca que lo había salvado y que no pareció, por lo cual se creyó en el



Santiago dando el triunfo á los españoles — Jeroglíficos de Durán

campo que el salvador había sido el mismo Santiago ó San Pedro. A cada paso se encuentran pasajes parecidos en las crónicas; y aun en las pinturas de Durán, la última representa uno de estos auxilios sobrenaturales, y en ella se ve al apóstol á caballo y de punta en blanco, decidiendo en el centro la victoria.

El día siguiente, martes 16, fué terrible. Cuauhtemoc comprendió que aislado Cortés con la mitad de su ejército, le daba ocasión favorable de concluir con él. Dispúsose un gran ejército de tierra, y otro no menos numeroso que en canoas atacase por el lago. El ejército se presentó alzando estruendosa gritería, como un mar ondulante de vistosas plumas, cubriendo la llanura con el son estrepitoso de instrumentos guerreros, y con sus jefes á la cabeza, armados de espadas de acero quitadas á los españoles. No pudieron, sin embargo, resistir en el llano al empuje de Cortés con veinte de á caballo y un gran cuerpo de tlaxcalteca, y tuvieron que retirarse después de tres horas de combate, dejando entre otros trofeos dos espadas de acero. Pero mientras Cortés peleaba en tierra, los guerreros de las canoas asaltaron las calles, y solamente con grandes esfuerzos pudieron rechazarlos. No habían tomado aliento aun españoles y aliados, cuando un nuevo cuerpo de mexica llegó á atacarlos; pero á su vez fué desbaratado. Pasáronse tarde y noche en descanso; la ciudad de Xochimilco, con excepción de las casas donde el ejército estaba alojado, se entregó á las llamas; y no hubo más suceso que algunos merodeos á los pueblos vecinos, de los cuales volvieron los soldados bien cargados de oro y mantas. El miércoles 17 se pasó el día peleando contra fuerzas de tierra y gran número de canoas que se presentaban por el lago; así es que Cortés emprendió el jueves 18 la marcha para Coyoacán en dirección de Tlacópan, siendo atacado sin cesar hasta llegar á la ciudad que encontró abandonada. Empleóse el día en curar heridos y armar saetas para las ballestas. Cortés lo aprovechó en hacer un reconocimiento sobre la calzada



Campañas alrededor de México

que iba á México, reconocimiento que después le fué muy útil. Salió de Coyoacán el sábado 20, inquietada su marcha por continuos ataques y por emboscadas en donde estuvo en gran riesgo, teniendo en una que

abandonar á sus mozos de espuela Martín Vendabal y Pero Gallego, quienes fueron llevados vivos á México y sacrificados á *Huitzilopochtli*. Llegado el ejército á Tlacópan descansó dos horas y continuó su camino, siempre molestado por los contrarios, hasta ir á rendir la jornada á la ciudad abandonada de Cuauhtitlán. Dos días después, el lunes 22, el ejército entró en Texcoco.

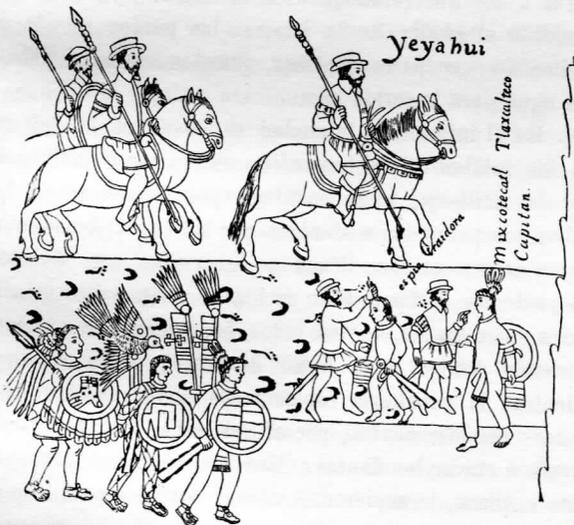
Pudo apreciar Cortés por sus pérdidas y por el cansancio de sus tropas lo poco útil de sus expediciones; y cómo, aunque de ellas traían los soldados cuantioso botín, veían en cambio muy lejano el logro de la principal empresa, la toma de México. Esto y acaso malas noticias que los compañeros de Alderete habían traído á Texcoco, pues por entonces triunfaba en España la causa de Velázquez, hicieron nacer una conspiración contra la vida de Cortés. Velázquez se había acercado con nueva armada á las costas; pero no se atrevió á desembarcar. Ya por entonces se había nombrado á Cristóbal de Tapia gobernador de la Nueva España; mas no se podía aún tener la noticia. Por supuesto, entre los disgustados estaban principalmente los soldados de Narváez. El alma de la conspiración era un simple soldado llamado Antonio de Villafaña. El plan era presentarse á Cortés con un paquete de cartas, diciéndole que habían llegado de España, y mientras se entretenía en abrirlo darle muerte y matar en seguida á sus capitanes principales. La ejecución estaba fijada para el día 26; mas la víspera uno de los conjurados la denunció. Marchó en el acto Cortés al alojamiento de Villafaña, con Alvarado, Olid, Sandoval, Tapia, Lugo y los alcaldes Marín é Ircio y lo prendió, sacándole del pecho el memorial donde constaban las firmas de los conjurados. No pudiendo castigar á tantos, hizo creer que Villafaña se había tragado el papel, y á éste, tras breve proceso, lo hizo ahorcar en una ventana de su aposento.

Adiestrado por los sucesos, ya no emprendió Cortés nuevas aventuras, curó y dió descanso á sus soldados; preparáronse más de cincuenta mil saetas de ballesta, dispusieronse bien los caballos, se mandó traer á la Villa Rica gran cantidad de pólvora, cañones, y sobre todo tres piezas gruesas de hierro llegadas de Jamaica; y se recogieron todos los españoles que no eran indispensables para guardar las dos villas. Los bergantines estaban ya listos y concluido el canal para botarlos, canal en que diariamente habían trabajado ocho mil hombres, y el cual tenía media legua de largo, con estacadas en las márgenes y pretil de piedra en los bordos.

El domingo, 28 de abril, después que los españoles oyeron misa y comulgaron, formado el ejército á la orilla del lago, fray Bartolomé de Olmedo bendijo las naves: uno á uno salieron los bergantines desplegando las velas y haciendo salva con el cañón que cada cual tenía, y la contestó la artillería de tierra y las músicas y

aclamaciones de españoles y aliados. Siguióse *Te-Deum*, y luego alarde de la gente, resultando por los refuerzos recibidos, ochenta y seis de á caballo, ciento diez y ocho ballesteros y arcabuceros, setecientos y más peones de espada y rodela, tres cañones de hierro y quince menores de bronce, diez quintales de pólvora y suficiente pertrecho para las ballestas. Los aliados eran ciento ochenta mil á las órdenes de Alonso de Ojeda.

Tardóse más de quince días en organizar las fuerzas, y el lunes 20 de mayo se dispuso que Alvarado se situase en Tlacópan con treinta de á caballo, diez y ocho ballesteros y arcabuceros, ciento cincuenta peones divididos en tres compañías al mando de los capitanes Jorge de Alvarado, Gutiérrez de Badajoz y Andrés de Monjarrás, y más de veinticinco mil aliados; que Cristóbal de Olid se colocase en Coyoacán con treinta y tres de á caballo, diez y ocho ballesteros y arcabuceros, ciento sesenta peones en tres compañías al mando de los capitanes Andrés de Tapia, Francisco Verdugo y Francisco de Lugo, y veinte mil aliados; y que Sandoval acampase en Itztapalápan con veinticuatro de á caballo, cuatro arcabuceros, trece ballesteros, ciento cincuenta peones divididos en tres compañías al mando de los capitanes Luis Marín, Hernando de Lerma y Pedro de Ircio, y treinta mil aliados de Huexotzinco, Cholóllan y Chalco. Cortés se reservó el mando especial de los trece bergantines, aunque uno no salió útil, y del resto del ejército. Al día siguiente debían empezar la marcha los tlaxcalteca, y entonces se notó la ausencia de Xicoténcatl y se supo que regresaba á Tlaxcalla. Mandó Cortés



Prisión de Xicoténcatl

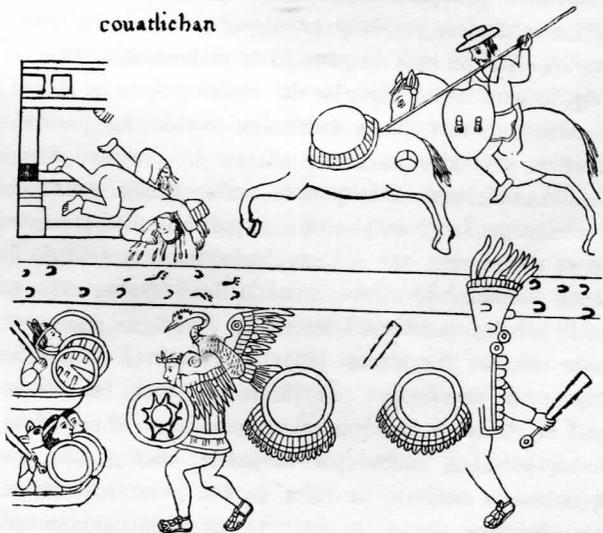
á Ojeda que lo alcanzase y que lo ahorcara como desertor. Así se ejecutó, dando parte á los señores tlaxcalteca, que lo aprobaron. El valeroso Xicoténcatl nunca fué amigo de los españoles, y Cortés aprovechó la ocasión de saldar cuentas con él.

Alvarado y Olid salieron juntos el 22 de mayo; y

por cierto que en el camino tuvieron una reyerta, que aunque se apaciguó, enfrío para siempre sus amistades. El 23 pernoctaron en Citlaltepec, el 24 en Cuauhtitlán y el 25 entraron en Tlacópan. El 26 marcharon á Chapultepec para cortar el agua á la ciudad: tras reñido combate lograron romper el acueducto, y peleando sin cesar en la calzada, se retiraron á Tlacópan con un caballo y ocho hombres muertos, cincuenta heridos y gran pérdida de aliados. El 27 marchó Olid á Coyoacán. El 31 salió Sandoval para Itztapalápan, y Cortés fué á auxiliarlo con la flota en la toma de esa ciudad. Al pasar junto al peñón de Tepopolco, la guarnición atacó los bergantines; por lo cual desembarcó Cortés con ciento cincuenta españoles; y á pesar de lo difícil de la subida y de estar bien fortificado y guarnecido, tomó el cerro y pasó á cuchillo á todos sus defensores, sacando él veinticinco españoles heridos.

En esa sazón una flotilla de quinientas canoas salió sobre los bergantines; y como al acercarse empezara á soplar viento, las naves de Cortés marcharon sobre las débiles canoas despedazándolas á su choque. Apenas si á fuerza de remo se salvaron las más veloces en los canales de la ciudad.

Entre tanto Sandoval, á pesar de la brava resistencia de las huestes mexica, había entrado en Itztapalápan



Desembarco de los mexica en el territorio de Texcoco

y prendió fuego á la ciudad. Entonces Cortés viró hacia el fuerte Xóloc, que como recordaremos estaba en la unión de las calzadas de Itztapalápan y Coyoacán. La sorpresa de su llegada y el fuego de sus cañones que á mansalva barría los parapetos y pirámides del punto hizo fácil el desembarco y toma del fuerte. A su vez Cristóbal de Olid, por propia inspiración y al ver la flota, como dicen algunos, ó llamado por Cortés, como otros quieren, salió de Coyoacán y llegó á Xóloc. Quisieron, sin embargo, los mexica recobrar el fuerte; pero Cortés hizo sacar los tres grandes cañones de

hierro, y asestando uno sobre la calzada que todavía por un cuarto de legua iba hasta la ciudad, los hizo retroceder ayudado del fuego de flanco de la artillería de los bergantines. Cortés se situó en el cercano *teocalli* de la diosa *Toci*. Ese día empezó el sitio.

Veamos la posición de Cuauhtemoc y lo que nos dice el lienzo de Tlaxcalla. El caudillo de México, cuando vió á los españoles en el Valle y comprendió que sería inútil cualquier nuevo esfuerzo para conseguir aliados, se redujo á una actitud defensiva, si bien aprovechaba las ocasiones para agredir parcialmente á sus contrarios. Solamente en Xochimilco, teniendo una buena oportunidad, lo hemos visto lanzar sobre Cortés numerosas fuerzas por tierra y agua con la esperanza de vencerlo. En las marchas del ejército español hacía que constantemente lo persiguiesen y molestasen, buscando por este medio cansarlo é irlo destruyendo poco á poco. En esta actitud debemos buscar las disposiciones de Cuauhtemoc para defender su ciudad; y encontraremos que si el ataque del ejército de Cortés es glorioso, la resistencia del caudillo de México es heroica. Ante todo, y al ver llegados los momentos de la lucha, Cuauhtemoc, que conoció que más que rey era la personificación de su pueblo, sujetó á la voluntad del *Tlatōcan* la elección de la paz ó la guerra. Los mexica resolvieron que querían más morir que hacerse esclavos de los españoles, y *assi quedó concluido que era mejor morir*. Ya con esta resolución inquebrantable todo se dispuso para hacer vigorosa la resistencia de la ciudad. Sacáronse de ella, hasta donde era posible, las personas inútiles. y se hizo cuantioso abasto de víveres. Si no resultó suficiente fué porque nadie habría calculado duración tan larga en el sitio: y por eso dice Dorantes en su manuscrito, que si Cuauhtemoc hubiera cuidado de llenar la ciudad de víveres como la llenó de guerreros, no se la habrían tomado. Llenóse, en efecto, de guerreros, pues tomaron las armas todos los hombres de México capaces de empuñarlas. Borráronse entonces las diferencias de clases, y lo mismo el macehual que el sacerdote, todos peleaban unidos por la patria. Por mucho que quisiéramos exagerar la cifra de los guerreros mexica, no podríamos dar á su ejército más de quince mil hombres. Pero á éstos se agregaron los tepaneca y los aliados de Cuauhtlāpan que se reconcentraron en la ciudad, y con ellos podemos aumentar otros veinticinco mil. Así es que la cifra más verosímil del ejército que defendía á México es de unos cuarenta mil hombres. No debe preocuparnos el que algunos escritores cuenten los guerreros por cientos de miles, porque también hemos visto que después de hablarnos de un ejército tlaxcalteca de ciento diez mil hombres, y de un total de de ciento ochenta mil aliados puestos á las órdenes de Ojeda, resultan en la distribución del cerco sólo setenta y cinco mil auxiliares. Por supuesto se habían construido en cantidad más que suficiente armas ofensivas y defen-

sivas para los cuarenta mil hombres que guarnecían á México. En este armamento entraban en bastante número las lanzas grandes para atacar á la caballería desde las zanjas y canales. Mas donde se hizo notable la defensa fué en la parte de fortificación, mudándose por completo el sistema antiguo, en vista de las armas y táctica de los españoles.

Como el lugar que iba á defenderse era una isla unida á la tierra firme por calzadas, se comenzó por cortar las inútiles y peligrosas. Punto es este en el cual no se han fijado los modernos historiadores, y por eso aparecen inexplicables algunas operaciones del sitio, aun en el mismo Prescott. Ya hemos referido que se rompió la calzada-dique que por el lado oriental iba de México á Itztapalāpan, y cómo se inundó esta ciudad y estuvo á punto de perecer Cortés con su gente. Por el norte cortóse también el dique en su unión con Tlatelolco, lo que más tarde, en 1526, produjo la inundación del lugar; y como ya tenemos dicho que se había destruído la calzada de Nonoalco desde la muerte de Moquihuíx, quedó enteramente rodeado de agua el Tlatelolco. Solamente dejaron los mexica dos calzadas: la de Tlacópan que unía la parte de Tenochtitlán á la tierra firme por el poniente, y la que por el sur la ligaba á Coyoacán. Pero ambas quedaban dentro del agua y podían ser protegidas ó atacadas por numerosas canoas; y á más para su defensa se hicieron en ellas muchas y profundas cortaduras. Aumentaban esta defensa exterior millares de canoas, á las cuales se habían agregado una especie de bandas para proteger de la arcabucería á los guerreros que las montaban; y á más se pusieron alrededor de la isla, en los puntos adonde se podían acercar los bergantines, grandes estacadas debajo del agua para hacerlos varar.

En el interior de la ciudad se abandonó la defensa en las gradas de los *teocalli*, enteramente nulificada por la artillería; y se sustituyó por cortaduras en las calles con parapetos sostenidos por las casas inmediatas, cuyas azoteas estaban llenas de guerreros con multitud de piedras y flechas. Esto se hizo en las calles principales; pero en las de los lados la defensa se aumentó abriendo zanjas á lo largo de ellas, de modo que mientras la caballería española no podía penetrar, las canoas de los mexica, por el contrario, llegaban fácilmente á atacar los flancos. Veremos cómo aprovechando este sistema, lo supieron combinar con el especial de su táctica.

A su vez el capitán español había estado oportuno en la situación de sus fuerzas, y sobre todo en el punto que eligió para base del ataque. Colocadas aquéllas en Coyoacán y Tlacópan, y comunicadas constantemente por partidas de caballería, no sólo podían auxiliarse en caso necesario, sino que cortaban á la ciudad por completo los víveres en esa dirección, como ya le habían cortado el agua potable de Chapultepec. Para perfec-

cionar el cerco y ligar esas fuerzas con las de Texcoco, mandó Cortés á Sandoval que abandonara Itztapalápan, por no ser ya necesaria esa posición, y fuera á situarse en el Tepeyac. Además los bergantines cuidarían de que no introdujesen auxilios ni víveres las canoas mexica.

Pero donde manifestó más habilidad Cortés, fué en la ocupación del fuerte de Xóloc: su marcha estratégica



Toma del fuerte Xóloc

con los bergantines fué de tal manera bien calculada que no dió tiempo á su defensa; y una vez situado en él, á poca distancia del cuerpo de la ciudad, tenía la llave de ella, con la circunstancia muy favorable de que había intermedio un trozo de calzada barrido fácilmente por la artillería, y sin que en ese punto pudiera ser envuelto ni siquiera atacado con éxito en canoas, gracias á los cañones de los bergantines que batían victoriosamente el flanco. En este caso el lienzo de Tlaxcalla nos presenta á españoles y tlaxcalteca apoderándose del Tocicuahtitlán; los indios en canoas los atacan por un lado de la calzada mientras los bergantines con sus cañones los apoyan en el opuesto. Esto aclara, además, que Cortés se situó en el templo de *Toci*, y que su pirámide y la inmediata del fuerte Xóloc, son las dos torres de que habla aquél en sus cartas.

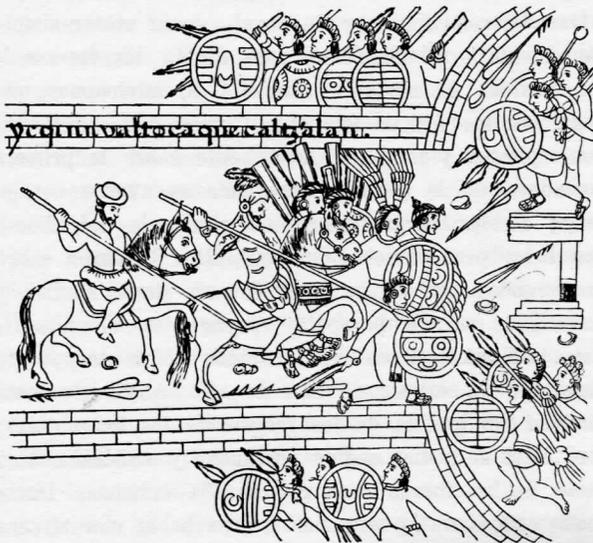
Calculó Cortés que los mexica, conociendo toda la importancia del punto, harían al día siguiente esfuerzos supremos para recobrarlo. Así al amanecer llegaron en su refuerzo de Coyoacán quince ballesteros y arcabuceros, cincuenta peones y ocho caballos. Ya los mexica estaban combatiendo formidablemente el punto; pero fueron rechazados y les tomaron un puente, y como las canoas que estaban del otro lado de la calzada molestarían continuamente, se rompió ésta para que pasasen cuatro bergantines. Ya cubiertos los flancos, pudieron resistir fácilmente los españoles á los continuados ataques de los mexica que duraron todo ese día, 1.º de

junio. Siguiéron los combates hasta el 7 de junio, en que convencidos los mexica de que era imposible quitar el fuerte á los españoles, volvieron á su táctica defensiva. Entonces creyó Cortés llegado el momento de emprender á su vez el ataque, y lo dispuso para el domingo 9 de junio.

Reforzóse al efecto la guarnición de Xóloc con las tropas de Coyoacán, dejando en este lugar solamente algunos españoles y unos dos ó tres mil aliados, y disponiendo que diez de á caballo rondaran la calzada. Alvarado, reforzado por Sandoval, debía atacar simultáneamente la de Tlacópan, para dividir las fuerzas de los mexica. Al amanecer del día 9, advertimos que seguimos las fechas del señor Orozco, marchó Cortés con españoles y aliados resueltamente sobre la primera cortadura de la calzada, apoyando su avance con el fuego de los bergantines. Los mexica la defendieron con brío, pero tuvieron que retirarse. Siguiéron sobre la segunda, que estaba á la entrada de la ciudad, y defendida por un parapeto apoyado en el *teocalli* llamado Xoluco, el cual se levantaba donde después se construyó la iglesia de San Antonio Abad. Se tomó también con auxilio de los fuegos de los bergantines; pero éstos no podían seguir adelante, y se desembarcó parte de su fuerza para reforzar la columna. Hacia donde está ahora la calle del Rastro había una tercera cortadura con su parapeto, y también se ganó sin gran dificultad porque no tenía agua el foso. Con la columna iba el aserrador Diego Hernández y buena cantidad de indios cegando las cortaduras con los escombros de los parapetos y casas vecinas; pues mientras los españoles tomaban los primeros, los aliados desalojaban de las segundas á sus defensores y les prendían fuego.

La cuarta cortadura no fué tan sencilla de tomar, porque era el canal del sur, defendido por un grueso parapeto, apoyado en la pirámide del templo de Huitznáhuac, el cual estaba á la entrada de la actual calle del Hospital de Jesús. A fuerza de empuje y tiros de ballesta y arcabuz, y arreciando el fuego de dos piezas grandes de hierro, se desalojó del *teocalli* á los mexica, y pasando entre el agua del foso algunos soldados, se pudo asaltar y ganar el parapeto. Mientras los de atrás procuraban cegar el canal del sur en esa parte, Cortés siguió adelante y encontró sin destruir el puente del canal del centro, que daba entrada al recinto del gran *teocalli*. Olvidándose de lo que en otra ocasión le había pasado y de la táctica especial de los mexica, metióse dentro llegando hasta lo alto del templo de *Huitzilopochtli*. En ese momento aparecieron por todas partes escuadrones mexica, y arremetieron con furia sobre españoles y aliados, haciéndolos retroceder con pérdida de un cañón y muchos hombres. La llegada oportuna de la caballería contuvo el desastre, pero á su vez llegaron en canoas los guerreros águilas, y desembarcando tomaron por el

flanco á sus contrarios. Se introdujo el desorden, y tuvo Cortés que tocar retirada, la que hizo hasta Xóloc, siempre combatiendo y salvándose, gracias á la caballería que quedó á retaguardia, y con frecuentes arremetidas pudo contener á los mexica. Por su parte Alvarado y Sandoval nada habían logrado en su ataque. Principalmente se debió á que en la calzada eran batidos en sus flancos por las canoas de los indios. Por esta razón dispuso Cortés repartir los bergantines: quedó con seis



Ataque al gran teocalli

distribuidos á ambos lados de Xóloc; envió cuatro á Alvarado, que se dispusieron dos á cada parte de la calzada de Tlacópan; y dos mandó á Sandoval al Tepeyac; el otro bergantín ya dijimos que estaba poco útil y se mandó retirar.

Con la lección, Cortés decidió no emprender desde luego nuevo asalto, sino fortalecer su ejército y curar á los heridos. Le vino bien la sumisión de Xochimilco, pues le proporcionó nuevos guerreros y regular número de canoas. Pero Alvarado tenía que acercarse á la ciudad, y ya apoyado por los bergantines emprendió varios ataques y se fué apoderando de diversas cortaduras de la calzada, que cegaba desde luego y velaba de noche para que no las volviesen á abrir los mexica, con lo cual logró llegar á un trozo de tierra más amplio donde había un *teocalli*, y allí acampó con los españoles que tenía. Este lugar estaba hacia donde ahora está San Cosme, y como la tierra firme de la isla llegaba á Petlascalco, hoy San Hipólito, quedaba en una situación semejante á la de Cortés. En sus avances había encontrado varias casas construidas en el agua, y después de tomarlas las había destruído.

Por su parte Cuauhtemoc no descansó esos días, y emprendió contra la costumbre india repetidos asaltos nocturnos, que si no daban un resultado favorable, traían inquietas y cansadas á las fuerzas de Cortés. También puso en práctica su modo especial de combatir,

aplicándolo á los bergantines: hizo poner en lugar determinado una gran palizada debajo del agua, y presentando batalla con numerosas canoas, huyeron éstas atrayendo á los bergantines á la trampa, y logrando varar dos y hacer buen destrozo en su tripulación. Fueron desde entonces más cautos los marineros españoles, si bien en los diversos ataques habían destruído millares de canoas, y ya éstas no aparecían por el lago.

Para el domingo, 16 de junio, dispuso Cortés atacar nuevamente la ciudad, no para apoderarse de ella, sino para atemorizar á los mexica y ver si con esto se rendían, é ir arrasando y cegando casa por casa y calle por calle, único medio que encontraba para no ser envuelto y ocupar al fin aquélla. Después de misa se dió el ataque, semejante al anterior, pues los defensores de la ciudad habían vuelto á abrir las cortaduras y á levantar los parapetos; pero esta vez cuidó mucho Cortés de ir cubriendo bien sus flancos, de que se cegasen fosos y acequias y se derribaran cuantas casas fuese posible. Ocupáronse con precauciones el gran *teocalli* y los palacios de Moteczuma; y como Alvarado no apareciese por el rumbo de la calzada de Tlacópan, pues poco había podido avanzar, mandó Cortés prender fuego á templos y palacios y á las casas aun en pié, y en medio de las llamas se retiró á su campo, perseguido con furia por los mexica. Siguiéronse por varios días los asaltos y la destrucción, hasta obligar á los sitiados á abandonar la parte sur de la ciudad y retirarse á la de Tlatelolco. Como era el tiempo de las fuertes lluvias, mucho padecían también los españoles; mas los indios auxiliares les habían levantado casas y tiendas á los lados de la ancha calzada de Coyoacán.

Entre tanto Alvarado y Gonzalo de Sandoval habían combatido con sus huestes en varias ocasiones con diversa fortuna. Cumpliendo el primero con las órdenes de Cortés, de ir adelantando poco á poco, destruyendo las casas y cegando las zanjas, había ganado ya toda la calzada de Tlacópan y los *teocalli* en ella construídos. Ayudábanle eficazmente, tanto en el avance como en la destrucción, gran cantidad de canoas de indios aliados que penetraban fácilmente por las acequias sostenidas por los fuegos de los bergantines. Mas por no separarse del apoyo de éstos, luego que Alvarado ganó Petlascalco, no siguió sobre el centro de la ciudad, sino que avanzó sobre Tlatelolco por la ribera occidental, hasta que se vió detenido por el ancho canal que separaba aquella parte de la ciudad, en el cual por mayor defensa habían hecho hoyos en el fondo y en su margen parapetos, poniendo en sitios convenientes estacadas para cerrar el paso á los bergantines, y escondiendo cerca muchas canoas con buenos guerreros. No había conseguido todavía Alvarado pasar al lado opuesto, á lo que hoy es barrio de Santa María, cuando el domingo, 23 de junio, lo atacaron los mexica viéndolo solo y bastante internado. Mientras dos cuerpos numerosos atacaban sus

posiciones por el frente y por el flanco, un tercero se lanzó á la calzada para ocuparla y cortar á Alvarado. Pero los soldados de éste se mantuvieron vigorosamente en los *teocalli*, mientras caballería y tlaxcalteca llegaron sobre los asaltantes. Como éstos cejasen y se retrajesen, Alvarado marchó denodadamente sobre ellos; y como tras corta resistencia le abandonaran el canal del norte, lanzóse incauto por una calle que al frente se abría, sin cuidar de cubrir ó asegurar de otra manera el paso del canal. De repente se vió envuelto y atacado por todas partes, recibiendo gran daño de los proyectiles que de las azoteas laterales le arrojaban. Tuvo que emprender la retirada, y se hizo más duro el combate en el canal, que estaba cubierto de guerreros en canoas, dejando únicamente libre el paso en que estaban los hoyos, y por el cual, como pudieron, se salvaron españoles y aliados, dejando vivos á cinco de los primeros y á muchos de los segundos y gran cantidad de muertos. La costumbre que tenían los mexica de procurar llevar vivos á sus prisioneros, más bien que matarlos, salvó muchas veces á los españoles, y en aquella ocasión á Bernal Díaz, quien ya había caído en su poder, y luchando pudo librarse aunque malherido. A los prisioneros españoles y tlaxcalteca los sacrificaron esa tarde en el gran *teocalli* de Tlatelolco, arrancándoles los corazones ante la imagen de *Huitzilopochtli*, en medio de danzas y cantares y locas muestras de regocijo. Cortés, que siguiendo su obra de destrucción había hecho ese día una entrada en la ciudad, supo la derrota al volver en la tarde á Xóloc, y como se debiera á desobediencia de sus órdenes expresas, marchó al día siguiente á Tlacópan; pero viendo lo mucho que Alvarado estaba metido en la ciudad, y las cortaduras y malos pasos que había ganado, no se atrevió á reconvenirle, y se contentó con disponer lo que en adelante debiera hacerse.

Gonzalo de Sandoval, por su parte, había atacado con cinco bergantines en el lugar de Nonoalco, en la ribera noroeste de Tlatelolco, desembarcando á sus españoles. Los tlatelolca no los atacaron, cediendo la gloria al guerrero *otómill*, llamado Tzilacátzin, hombre hercúleo que vistosamente ataviado llevaba por solas armas tres grandes piedras. Con ellas derribó á tres contrarios, y como en ese momento llegaran en su auxilio grandes escuadras de mexica, los españoles tuvieron que reembarcarse. En un segundo desembarco de españoles y numerosos aliados duró la pelea todo el día, muriendo los bravos guerreros tlatelolca, Tzoyótzin y Tenátzin; pero Sandoval tuvo que abandonar el campo dejando diez y ocho españoles prisioneros, los cuales fueron llevados á Cuauhtemoc, que tenía su real en el Tlacoachcalco, donde ahora está la iglesia de Santa Ana, y sacrificados en el templo de Amaxác adonde se habían llevado los mexica la imagen de *Huitzilopochtli* que estaba en el gran *teocalli*. Para vengar su muerte metióse Sandoval

con un bergantín en el barrio de Xocotitla; pero rechazados los españoles en su desembarco, se dirigieron á Amaxác teniendo la misma mala suerte, y estando á punto de perecer Rodrigo de Castellada, á quien los mexica llamaban Xicotécatl. Insistió Sandoval en desembarcar de nuevo, y fué con tan mala fortuna, que un guerrero tlatelolca, llamado Tlapanécatl, mató á su alférez y le quitó la bandera; y los mexica cautivaron cincuenta y tres españoles y gran número de aliados, todos los cuales fueron mandados sacrificar por Cuauhtemoc, repartiéndolos al efecto en los diversos *teocalli* que aun conservaba.

Bien vinieron esas víctimas á los mexica, tanto para celebrar la fiesta *Tecuhilhuitontli*, que entraba en ese día, 29 de junio, día que era además aniversario de la muerte de Moteczuma, cuanto por tener de comida carne en abundancia. Era, en efecto, apretada ya la posición de Cuauhtemoc, y más cuando en los últimos días había tomado Alvarado el canal del norte, y había llegado á la unión del de Tlatelolco y el del poniente, de manera que ya ocupaba buen espacio de tierra sobre la isla.

En efecto, al comenzar el sitio, ni sitiados ni sitiadores podían calcular su larga duración, y ya desde entonces había pasado un mes. Cuauhtemoc proveyó la ciudad de víveres; pero no fueron bastantes para el numeroso ejército que tenía y para tantos días. Contaba con los que diariamente debían proporcionarle en canoas los pueblos amigos, pues si los bergantines comenzaron á perseguirlas, podía burlarse su vigilancia en la noche. Mas esos pueblos no los auxiliaban ya, estaban sometidos á Cortés, y por el contrario, hostilizaban á los mexica con sus canoas. También debemos considerar que buena cantidad de víveres se había perdido con el incendio y destrucción de las casas. Comenzaban, pues, á escasear, y agregando á esto la falta del agua de Chapultepec, y el tener que tomar la de pozos salobres, comprendemos que comenzaba á asomar el hambre entre los mexica, y que numerosas enfermedades ya habían empezado á agobiarlos.

Explicase generalmente la sumisión de los pueblos del Valle, como deslealtad á México y deseo de seguir las banderas del vencedor; pero nosotros le hallamos otra causa determinante. Los numerosos aliados vivían del merodeo, y el continuo botín no era el menor atractivo que los retenía con Cortés; podían hacerlo impunemente en los pueblos enemigos, y éstos, para librarse, tornábanse amigos, y á su vez seguían la misma conducta de sus contrarios de la víspera.

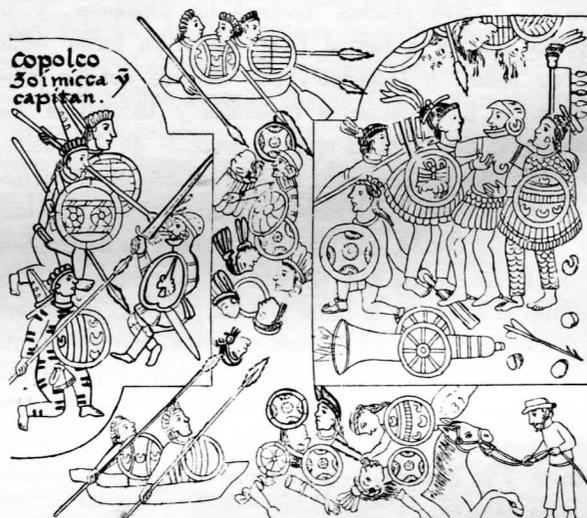
Sin duda consideró Cortés todas estas circunstancias, y creyó propicio el momento para dar un nuevo ataque general el domingo 30 de junio. Escogió mal día, pues era el aniversario de la Noche Triste; y acaso con la esperanza de vengarla, le pareció bien. Además debía considerar muy mermado, tal vez á su mitad, al ejército

mexica con tan continuados combates; mientras el de sus aliados reponía constantemente sus pérdidas con nuevos refuerzos.

Comenzóse la jornada por oír misa; en seguida salieron de Xóloc por el lago siete bergantines y más de tres mil canoas de los aliados; y Cortés penetró en la ciudad con veinticinco jinetes, todos los peones de su campo, la artillería y los escuadrones auxiliares. Como estaba allanado el terreno hasta el gran *teocalli*, allí se dividió la fuerza en tres secciones que paralelamente debían avanzar. Alderete con sesenta peones y veinte mil aliados, cubriéndole la retaguardia ocho caballos, marchó por las calles que ahora son de Santo Domingo; llevaba gran cantidad de gente que debía ir cubriendo los fosos y destruir cualquiera obra que en caso necesario estorbaba la retirada. Por la calle inmediata, es decir, metiéndose por las que hoy son de Manrique, Esclavo y Pila Seca, entraron Andrés de Tapia y Jorge de Alvarado con ochenta peones y más de diez mil indios, dejando al principio de aquel camino ocho de á caballo y dos cañones para contener cualquiera salida hecha por los mexica de la parte occidental de la ciudad, y que pretendiese cortarles la retaguardia y envolverlos. Esta columna tenía por principal objeto cuidar el flanco de la de Alderete, y llevaba también orden terminante de ir cegando fosos y destruyendo obstáculos. Cortés siguió por la calle que partía del templo mayor, y era, por decirlo así, continuación de la calzada de Itztapalápan, llevando cien peones, veinticinco ballesteros y escopeteros, el gran resto de aliados, y ocho caballos que dejó apostados para cubrirle la retaguardia. El espacio entre esta vía y la orilla oriental de la isla había sido destruído y en buena parte, y lo barrían los cañones de los bergantines, debiendo penetrar en él las canoas aliadas. Al mismo tiempo debía Alvarado atacar Tlatelolco reforzado por Sandoval.

Cortés siguió de frente con buen éxito; llegó al canal del norte, y lo tomó apoyado por el fuego de una pequeña pieza y por los ballesteros y arcabuceros. De ahí torció por una angosta calzada que iba al centro de Tlatelolco, buscando unirse con Alderete. Venció dos cortaduras, mientras los aliados se apoderaban de las casas y azoteas inmediatas y les ponían fuego. Llegaba al gran canal de Tlatelolco, que tenía unos doce pasos de ancho y que la vanguardia había ya cubierto con maderos y carrizos flotantes, y comenzado á pasar, cuando escuchó estrépito de combate, contestando al ronco y terrible sonido del caracol de Cuauhtemoc. Resonó en seguida el *Teohuéhuatl* que los españoles no habían vuelto á oír desde la Noche Triste, y respondieron mil instrumentos, y espantosa gritería y atronadores alaridos. Era que Alderete había sido envuelto, y que había descuidado cegar bien los fosos que á retaguardia dejaba. Todas sus fuerzas, españoles y aliados, se pusieron en fuga, y se precipitaron sobre el endeble puente que

habían hecho los de Cortés, sin que éste pudiera contenerlos. Hundióse el puente y cayeron los fugitivos por centenares al agua; precipitáronse sobre ellos muchas canoas con guerreros, quienes más que matarlos procuraban cogerlos vivos para sacrificarlos. Cortés no quiso retirarse abandonándolos; y á poco era apresado por cuatro vigorosos tlatelolca que gritando:—¡Malintzin, Malintzin!—procuraban llevarlo á una canoa para irlo á sacrificar á *Huitzilopochtli*; mas á tiempo llegó el bravo jinete Cristóbal de Olea, y de un tajo cortó las manos al guerrero que lo tenía asido, al mismo tiempo que una vieja pretendía ahogarlo; Olea y su caballo cayeron muertos: á ese tiempo acuden el tlaxcalteca Teamacáztin, Lerma, que quedó mal herido, el camarero Cristóbal de Guzmán, que fué llevado vivo, y en fin, Antonio de Quiñones, capitán de la guardia que se había puesto á Cortés desde la conjuración de Villafaña, quien, asiéndolo de los brazos, lo arrancó á los mexica, y le obligó á retirarse montándolo luego á



Derrota de Cortés en Copolco

caballo. Por el lienzo de Tlaxcalla sabemos que el lugar de la derrota se llamaba Copolco. Cortés empuñó de nuevo su terrible espada, y haciendo pié en la plaza inmediata al *teocalli*, sosteniéndose con los cañones que se habían dejado en la calle de Tlacópan, y dando frente con la caballería, protegió la retirada de los suyos, la de los que se salvaron de Alderete y la de los de Andrés de Tapia, que también había tenido buenas pérdidas. Los mexica los persiguieron hasta el fuerte de Xóloc, mostrándoles unas cabezas de españoles, y diciéndoles:—¡Tonatiuh, Sandoval!—A los aliados les gritaban *mancebas de los extranjeros*; y fué tal el empuje, que tuvieron que salir á resistirlo Olid y los españoles, aun los heridos. Por su parte, Alvarado y Sandoval también habían sido rechazados. La derrota fué tan completa, con tantas muertes de españoles y aliados, que Cortés cayó en profundo abatimiento. Según el

manuscrito de Tlatelolco, dió esta batalla el *Tlacatécatl* Ecatzitzin, quien volvió victorioso con una bandera quitada á los españoles. Como también á los del campo de Alvarado y Sandoval, les mostraban los tlatelolca una cabeza diciendo:—¡Malintzin!—y dando á entender que era la de Cortés, vino el segundo á Xóloc. Allí Cortés se disculpó de la derrota echando la culpa á Alderete. Por su parte había mandado también á Andrés de Tapia con tres jinetes á saber de Alvarado y Sandoval. Y cuando al caer la tarde se contaban unos y otros sus aventuras, vieron subir entre danzas y cantos de triunfo por las gradas del *teocalli* de Tlatelolco á sus infelices compañeros; y miraron cómo los tendieron en el *téhcacatl* y cómo les arrancaron el corazón y arrojaron por las escaleras sus cuerpos ensangrentados. En cuanto á los bergantines, el de Briones fué tomado por los mexica, pero recobrado con auxilio del de Jaramillo, y quedó varado el de Carvajal. Las pérdidas de la jornada fueron dos cañones, más de sesenta españoles, ocho caballos, muchas armas y multitud de aliados.

Con esa derrota la situación de Cortés tornóse difícilísima, pues los mexica volvieron á ocupar la parte de ciudad que les había ganado; abrieron de nuevo cortaduras y levantaron parapetos y se establecieron en las ruinas; los guerreros, alentados con su triunfo, avanzaban hasta el fuerte á retar á españoles y aliados, levantando en alto las espadas y puñales que habían ganado en el campo, y disparando las ballestas conquistadas. Agregóse á esto que hábiles los sacerdotes de México, enviaron embajadores á los aliados, á decirles que ya habían visto la derrota de los españoles en la Noche Triste y en su aniversario; y que su dios *Huitzilopochtli* les había revelado que pronto concluirían con ellos, y para la fiesta *Hueytecuilhuitl* los sacrificarían á todos. Supersticiosos aquellos pueblos y viendo su derrota, al amanecer del 1.º de julio alzó el campo en silencio la mayor parte de los aliados, quedando fieles únicamente los acolhua y los tlaxcalteca, que al mando de Chichimecatecutli estaban con Alvarado. Cortés tuvo la buena inspiración de mandarles decir que se detuvieran en su camino, y que esperaran el día señalado por el dios de México, y así lo hicieron.

Cortés conservaba, sin embargo, ciertas ventajas muy importantes: el fuerte Xóloc, defendido por los cañones de hierro y apoyado por los bergantines, era inexpugnable y nada podían contra él los continuados ataques de los mexica. Alvarado, no solamente conservaba la calzada de Tlacópan, sino que fué ganando terreno, y apoderándose al fin del extremo del canal de Tlatelolco ocupó toda la parte de la isla desde el canal occidental al lago, extendiéndose al sur hasta la prolongación de la misma calzada de Tlacópan, es decir, hasta la actual calle de la Mariscalá. En esa posición estaba seguro y bien fortificado, defendido y provisto de víveres por los bergantines y bien abrigado su ejército

en las casas que había tomado, circunstancia muy importante por ser aquél el tiempo de las lluvias más fuertes. Había sido feliz en varios encuentros, y en uno de ellos Chichimecatecutli, sólo con sus tlaxcalteca, había hecho caer en una emboscada á los mexica, haciendo buen destrozo en ellos. Sucedia también que los defensores de la ciudad habían disminuído mucho con tan continuos combates, y no tenían medio de reponer sus pérdidas, y á más el hambre y las enfermedades aumentaban: mientras Cortés sustituyó á los aliados que lo abandonaban, con nuevo ejército de acolhua traído en



Ixtlilxóchitl

su auxilio por Ixtlilxóchitl. Ya éste había conseguido el premio de su traición, y por la muerte de Tecocóltzin en un combate, hubo de subir por fin al trono de Texcoco. Su descendiente, el historiador, se empeña en presentarlo desde el principio del sitio al lado de Cortés, y haciendo tales hazañas, que poca gloria le deja al capitán español; mas ya sabemos qué fe merece el cronista texcucano cuando escribe guiado por los intereses de familia.

Empleó Cortés los diez y ocho días primeros de julio, que era necesario pasasen para probar lo falso del horóscopo de los sacerdotes de *Huitzilopochtli*, en rechazar ataques, que ya no le inquietaban mucho, en curar á sus heridos y reponer las fuerzas de su ejército. Y como hubiera algún trastorno del otro lado de las montañas, ó por dar nuevo botín á sus soldados y auxiliares, y con esto afirmar sus servicios, y que viendo vencedoras á sus fuerzas se conservasen sujetos los pueblos del Valle, lo cierto es que en ese tiempo se hicieron con éxito entradas en Malinalco y Matlatzínco. Y fué tan buena la fortuna de Cortés que llegó un barco de los de Ponce de León con gente y municiones, y los de la Villa Rica le mandaron prontamente á los hombres con buena remesa de pólvora y ballestas. Y como los días pasaban y no se cumplía la profecía de los mexica, fueron volviendo los aliados, y á más llegó un gran convoy de víveres de Tlaxcalla con Márquez y Ojeda, y se interceptó en el campo de Sandoval otro que se iba á introducir en Tlatelolco.

Dice Cortés que no quería acabar de destruir tan hermosa ciudad y que volvió á ofrecer la paz á Cuauh-

temoc, quien nuevamente la rehusó. Así es que decidió la devastación de la ciudad. Había llegado el viernes 19 de julio, y con él la fiesta *Hueytecuilhuitl*, y como no se cumpliera la amenaza del dios *Huitzilopochtli*, dispusieron los aliados á auxiliar á los españoles en su obra de destrucción. Se elogia la fortaleza de las mujeres españolas en los aciagos días que habían pasado, y la historia conserva los nombre de María Estrada, Beatriz Palacios, Juana Martín, Isabel Rodríguez y la valerosa Beatriz Bermúdez, quien, armada de casco, espada y rodela, combatió al lado de Olmos su marido.

El sábado, 20 de julio, penetró Cortés en la ciudad por la calle recta de Itztapalápan, ganando fácilmente los obstáculos hasta penetrar en el gran *teocalli*. Se comenzó la devastación en toda forma empleando cien mil aliados y ayudada por los bergantines y gran número de canoas. Se tomaba una casa, la quemaban y la derribaban, y con los escombros se cegaban zanjas y fosos. A los hombres que cogían los mataban y cautivaban á las mujeres y los niños. Cada casa se defendía hasta el último extremo con dardos y saetas, y hasta los niños y mujeres arrojaban piedras, y los heridos disponían armas. Al día siguiente continuó la devastación, no sin que atacaran los mexica y aun pusieran en derrota á la caballería. Al tercer día, á más de seguir la destrucción, puso Cortés una celada á los mexica, y cuando se retiraba al fuerte y como de costumbre le seguían atacando su retaguardia, salió la caballería é hizo tal destrozo de ellos, que desde aquel día no volvieron á aventurarse en la plaza. A esa jornada debemos referir la prisión del rey Coanacóchtzin por su hermano el traidor Ixtlilxóchtli, quien lo entregó á Cortés en el real, donde lo pusieron con grillos y guardas. Al cuarto día, miércoles 24 de julio, llegó la destrucción hasta la calle de Tlacópan, con lo cual se comunicó Cortés con el campo de Alvarado, y se signió la devastación hasta el canal de Tlatelolco. Tenochtitlán había desaparecido, y por característico ponemos el siguiente relato del manuscrito tlatelolca: «en Tenochtitlán estaban ardiendo las casas, y por tal motivo huyeron de ellas y se retiraron á Tlatelolco para libertarse de tan gran mal muchísimas mujeres, formando grupos debajo de los tejados Atenantitech, y diciendo á los tlatelolca: *aquí están nuestras rodelas, esforzaos y salid al encuentro del enemigo común*; y entregando las armas al anciano y noble *Tlacatécatl* Coyohúetzin y otros tlatelolca, dijeron por último: *no podemos ya los tenochca, nos han destruido; por lo tanto tomad aliento, pues sois vosotros los valientes tlatelolca.*»

Por su parte Alvarado había avanzado cuanto podía, y á su vez Sandoval tenía ocupada la orilla oriental de Tlatelolco. Cortés escogió ese lado para sus nuevos avances, tanto para no exponerse á ser envuelto si penetraba en el centro de Tlatelolco, cuanto para caminar apoyado por sus bergantines. En los días 25 y 26

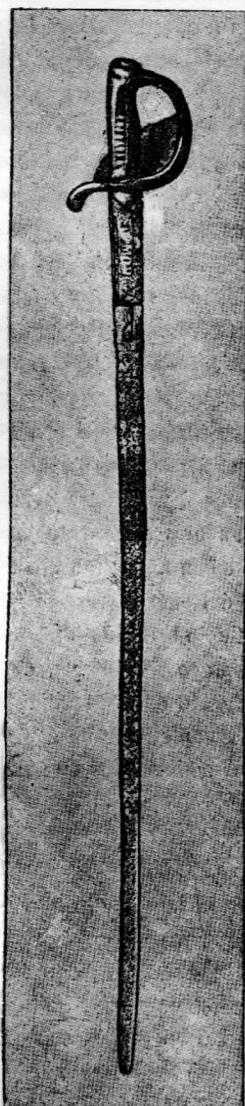
ganó el paso del gran canal, que separaba las dos partes de la isla, y tomó un *teocalli* en donde había algunas cabezas de españoles. En esa dirección quedaba el campo de Sandoval.

Ganada toda la parte oriental de Tlatelolco, se disponía Cortés el siguiente sábado 27 á marchar sobre el mercado, cuando á las nueve de la mañana vió salir humo del gran *teocalli*: era que Alvarado había forzado al fin el paso del canal del Poniente, y con la capitania de Gutiérrez de Badajoz, apoyada por las otras dos y los tlaxcalteca, tras larga resistencia de los sacerdotes, tomó por asalto la pirámide y puso fuego á los templos, no sin que el combate durase todo el día. Las fuerzas de Cortés lo emplearon en allanar obstáculos para unirse con los del otro campo. Volvieron á la empresa la mañana del domingo 28, Alvarado y Cortés cada uno por su parte, y mientras aquél ocupaba nuevamente el *teocalli* y tomaba los templos inmediatos, éste, siempre destruyendo y cegando con método y sin precipitación, ganó una cortadura y se lanzó sobre el *momoztli* del mercado. Puede decirse que en ese momento se dió una batalla general entre españoles y aliados de los dos campos, que al fin se unían, y todas las fuerzas mexica, las cuales vencidas, se retrajeron al centro de Tlatelolco. Gracias al manuscrito de este lugar, podemos decir que los sitiadores ocuparon el barrio de Tlahuamácóyan, ó sea la parte norte de la isla, donde estaban el mercado, templo y palacio, que mandó valientemente la defensa Temilótzin; que al saber la derrota los del pueblo no la querían creer y se dirigieron en grupos á la plaza, y después se fueron retirando á Yacacalco, hoy Santa Ana, en donde decidieron no abandonar su ciudad y defenderla de sus enemigos con valor, rodela, remos y lanzas. Esto explica el relato confuso de Cortés, y como de estos últimos sucesos hay versiones muy diferentes, de una vez decimos que de ellos tomaremos lo que nos parezca más lógico. Como se retiraran en la noche las fuerzas á sus reales, parece que el martes 30 se encontraron ocupado el mercado y hubo por eso reñida batalla, ganándose al fin el punto y decidiéndose que las tropas de Alvarado lo ocupasen permanentemente.

Con esto quedaron cercados por completo los mexica, y dice el Conquistador que los sitiados estaban reducidos á una octava parte de la isla, y viendo que no era posible que en aquella angostura y en casas tan pequeñas, puestas muchas en el agua, cupiese tanto número de gente de los enemigos, y sobre todo la grandísima hambre que entre ellos había, pues los españoles habían encontrado en las calles roídas las raíces y cortezas de los árboles, decidió suspender las hostilidades, y varias veces les ofreció la paz, aunque siempre contestaban que uno solo que quedase había de morir peleando.

Figurémonos, en efecto, á aquella multitud hacinada en tan corto espacio. Prescott, por no conocer la localidad, no se da cuenta del lugar que ocupaban; el

señor Orozco dice que era Tenantitech, hoy Tepito; pero ya hemos visto por el manuscrito que se refugiaron al centro de lo que es hoy Santa Ana: ocupaban de norte á sur el terreno comprendido en lo que ahora es Santa Ana y Santa Catarina, y de oriente á poniente la extensión que va del Carmen á la calzada de Santa María, entonces canal. Allí se habían hacinado todos los habitantes de la ciudad y la mitad que sobrevivía de



Espada que usó Cortés en el ataque y toma de México *
(De fotografía)

sus defensores, es decir, unas sesenta mil personas. No bastando las casas, muchas gentes vivían en las calles y en las acequias sobre canoas, y en ese tiempo el sol quema de día y generalmente en la noche caen copiosas lluvias. Agregando á esto el hambre, cada día mayor, ya comprenderemos que las enfermedades se habían convertido en peste asoladora, la cual aumentaba con sus

* Esta espada se conservaba en el Museo Nacional, de donde fué extraída en la época de la Intervención y el Imperio. El puño es mexicano y moderno. La cifra romana grabada en la hoja es CIOMDVI.

mismas víctimas, pues no había lugar para enterrarlas ni tiempo para quemarlas, y así permanecían los cadáveres amontonados en las calles, y muchas veces tenían que pelear sobre ellos los mexica. Algunas veces se habían encontrado en los sitios tomados, á mujeres macilentas con niños enjutos que procuraban caminar para huir de la isla; pero en general todos los habitantes se habían concentrado para seguir peleando, aunque sólo tuvieran que alimentarse con sabandijas y musgo de las acequias y bebiendo inmunda agua de los charcos que las lluvias formaban. Las mujeres y los muchachos ocupaban las azoteas para defenderlas con piedras arrojadas, y ahí pusieron también á los hombres ancianos ó lastimados que no podían combatir para arrojar piedras sobre los sitiadores. Los guerreros fuertes quedaron para pelear con macanas y largas lanzas. Revela lo terrible de aquellos combates la innumerable cantidad de puntas de obsidiana encontradas últimamente en ese rumbo, donde quiera que se han abierto cimientos para casas.

Los días 29, 30 y 31 de julio y del 1.º al 6 de agosto pasáronse en un descanso relativo y en probar una máquina ó trabuco que de antemano estaba construyendo un llamado Sotelo, soldado del Gran Capitán en Italia, y con la cual deberían lanzarse enormes piedras para la destrucción de la ciudad, supliendo así la pólvora, que ya hacía falta. Armóse el aparato sobre el teatro del mercado, y en efecto lanzó al aire una enorme piedra; pero subió verticalmente, y al bajar despedazó la misma máquina que la había arrojado. Y lo que debió ser causa de terror y espanto para los sitiados tornóse en causa de risa y burlas para los sitiadores.

Creyérase que en todos esos días habían estado los mexica esperando impasibles la muerte, y como no dieran señales de rendirse, los requirió Cortés nuevamente por medio de escribano y testigos para que se diesen de paz. Como no produjese esto resultado, se dispuso batir el barrio donde está el Carmen, para así apretarles el cerco. Alvarado y Cortés dieron el asalto, y se empenó un combate desesperado en que los mexica, sin fuerzas para pelear, se lanzaban á morir en las armas de los contrarios: los aliados en cada casa que tomaban hacían una matanza horrible, sin perdonar ni á mujeres ni á niños, ni á heridos ni á moribundos. Refiere Cortés que murieron más de doce mil mexica; pero en medio de los gritos del combate y cuando el barrio ardía ya devorado por las llamas, siempre se oía pavoroso el ronco sonido del caracol de Cuauhtemec rugiendo guerra. Su tenacidad parecía increíble á Cortés: ya le había mandado como embajador de paz á uno de sus dignatarios hecho prisionero, y la respuesta fué mandar sacrificarlo. Con ese asalto, que fué el miércoles 7, los españoles se acercaron mucho al centro de los sitiados; así es que el siguiente día 8 creyó Cortés que iban á rendirse, cuando vió á unos guerreros,

al parecer principales, que con insistencia lo llamaban; mas fué sólo para decirle:—Si eres hijo del sol que nace y muere en un solo día, ¿por qué tardas tanto en matarnos? tenemos ya deseos de morir para ir á descansar con *Huitzilopochtli*.

El viernes 9 vieron los sitiadores con asombro á un guerrero, quien armado con las armas de Ahuizotl, que como reliquias se conservaban, se presentó solo en una azotea, y á pesar de que lo combatieron, bajándose con cuatro capitanes tomó tres prisioneros, que como señal de buen agüero sacrificaron los mexica á sus dioses. Pero si habían hecho esto como una esperanza y un último recurso que sus preocupaciones les inspiraban, su situación en cambio les fingía horóscopos terribles, y una nube roja que vieron en el cielo fué para ellos torbellino de fuego y señal segura de su destrucción.

Ya no tenían fuerzas para combatir, y ya Cortés no quería atacarlos esperando de un momento á otro su rendición. Pero llegó el sábado 10 y los mexica no se rendían: Cortés se adelantó á caballo á un parapeto, y á unos guerreros principales que en él había volvió á ofrecerles la paz, y á encargarles dijese á su señor que se diese y todos serían muy bien recibidos y tratados. Volvieron los mensajeros diciendo que al siguiente día hablaría Cuauhtemoc con Cortés en el mercado. El domingo 11 aderezóse un buen estrado en el teatro donde estuvo el trabuco; pero no fué Cuauhtemoc sino sus mensajeros, con quienes se excusaba de no asistir porque estaba enfermo, y á quienes podía decir el capitán español lo que de él quería. Cortés, después de darles de comer y mandar con ellos algunos víveres á Cuauhtemoc, los despidió encargándoles dijese á su vez que lo esperaba al otro día, pues era necesaria su presencia para lo que habían de conferenciar. Acaso no veía en la conducta de Cuauhtemoc más que tenacidad.

Pero al siguiente lunes, 12 de agosto, temprano se presentaron los mensajeros en el real de Cortés á excusar nuevamente á su señor, lo cual irritó tanto á aquél, que dispuso nuevo asalto general con sus fuerzas y con la hueste entera de Alvarado, mandando que Sandoval entrase con sus bergantines por una laguna que se formaba entre unas casas donde estaban recogidas las canoas de los mexica. Dióse el asalto: los mexica ya no tenían flechas ni piedras, combatían con la macana sin fuerzas, pero con brío, y caían cadáveres sobre los montones de restos ya en putrefacción: las casas eran fácilmente asaltadas, tomadas é incendiadas; mujeres y niños caían en la laguna y en las zanjas lanzando gritos de muerte y desesperación, mientras los aliados aullaban con alaridos de victoria. En ese día se habría arrasado todo, si Cortés no hubiese mandado retirar á sus tropas, por no aguantarse la pestilencia de tanto cuerpo muerto. La mortandad de los mexica había sido terrible en ese asalto.

Los mexica habían quedado reducidos al pequeño espacio que hay de Santa Ana donde estaba el Tlacochcalco, á la calzada de Santa María. La laguna, que ya entonces se había formado por las abundantes lluvias, ocupaba el terreno comprendido entre la plaza de Tlatelolco, Peralvillo y Amaxac. En la parte que penetraba en lo que es hoy Santa Ana, estaban las canoas de los mexica. En una de ellas andaba constantemente Cuauhtemoc, quien sin duda quería acostumbrar á los españoles y á los suyos á que lo vieses de esa manera. En fin, para figurarnos la situación de los sitiados en esos momentos, copiemos las siguientes palabras del manuscrito de Tlatelolco: «un llanto que no se puede describir y un torrente de lágrimas causa la hediondez; las calles eran ríos de sangre; multitud de gusanos andaban á lo largo uno tras otro; el manantial que antes era el depósito sagrado donde saciaba su sed la gente pacífica, estaba lleno de rodelas, cabellos y muertos; las nobles mujeres daban lastimeros gritos y juntaban su llanto con el de sus inocentes hijos que traían en los brazos por todas partes, y sin encontrar ya ningún asilo; los tristes jacales de paja comenzaron á desmelenarse; cuanto en ellos había se encontraba arrojado en medio de los patios; las ricas plumas y grandes tesoros de los tlatelolca, que con su sudor y gran trabajo habían adquirido y con lo cual auxiliaban á su gran ciudad, todo se encontraba ya en poder del enemigo.»

Llegó, por fin, el último día, el *ce coatl* de la veintena *Tlaxochimaco* del año *yei Calli* de los mexica, y martes 13 de agosto de 1521, día de san Hipólito de los españoles. Se completaban en él setenta y cinco días de sitio, aunque los manuscritos mexica cuentan ochenta, sin duda por comprender también los que mediaron entre la llegada al cerco de Alvarado y Olid y la de Cortés.

Al amanecer marchó Sandoval con los bergantines á ocupar la laguneta; Alvarado debía avanzar del mercado y Cortés salió de su real con los tres cañones de hierro, seguro de que sus tiros obligarían á rendirse á los sitiados y les harían menos mal que la furia de los aliados. En su marcha encontró muchos hombres moribundos, mujeres macilentas y niños enflaquecidos que se dirigían al campo español: algunas de estas miserables gentes, por salir de su campo, se habían arrojado al agua de los canales ó en ellos habían caído empujadas por otras, y no pocas se ahogaron. Cortés mandó que no les hiciesen mal; pero los aliados las robaron y dieron muerte á más de quince mil personas. Los sacerdotes y los fuertes guerreros estaban impasibles, flacos del hambre y el trabajo, armados de todas sus armas é insignias, esperando el combate en lo alto de los templos, sobre las azoteas ó de pié en sus cancas. Cortés á su vez se subió en una azotea inmediata á la lagunilla para presenciar las operaciones. Allí volvió á ofrecer la paz á los de las canoas y á insistir en que pasara á

hablar con él Cuauhtemoc. Prestáronse á ir dos principales, y á cabo de mucho tiempo volvió con ellos el *Cihuacoatl* á decirle que su rey no queria hablar de paz. Habían pasado en esto unas cinco horas, y Cortés mandó romper el fuego de los cañones. Serían las tres de la tarde cuando se oyó por última vez el caracol de Cuauhtemoc: los mexica se precipitaron por el oriente y por el sur sobre sus contrarios y las canoas se lanzaron sobre los bergantines.

Era que Cuauhtemoc, no pudiendo ya humanamente resistir, emprendía la fuga antes que rendirse, y para conseguirlo distraía la atención de sus contrarios. Mientras éstos atendían al combate y destrozando á los mexica penetraban en su último refugio por el sur y el oriente y Sandoval se empleaba en destruir la flota de canoas, Cuauhtemoc con Tecuichpoch y los principales dignatarios salía en canoas del Tlacochealco por una zanja que creemos existe aún detrás de Santa Ana, é iba al canal de Occidente, por donde á todo remo ganó el lago dirigiéndose á la orilla opuesta para de ahí buscar refugio en el Cuauhtlapan.

Mas observó García Holguín las canoas de los fugitivos, y tendiendo las velas de su bergantín púsose en su alcance: ya los tenía á tiro, y ballesteros y arcabuceros iban á disparar por la proa, cuando Cuauhtemoc se puso en pié y les dijo:—No tiréis, soy el rey de México; tomadme y llevadme á Malintzin, pero que nadie toque á la reina.—Con Cuauhtemoc iban Tetlepanquetzáltzin, rey de Tlacópan, el *Cihuacoatl* Atlacótzin, el *Tlillancalqui* Petláuhtzin, el *Hwitznáhuatl* Motelchiúhtzin, el *Mexicatecuhtli*, el *Tecuhtlamacazqui*, Huanítzin, Acamapich, Oquíztzin, Cohuátzin, Tlátlati y Tlazolyaotl, únicos dignatarios, grandes sacerdotes y principales que habían sobrevivido. Todos fueron trasladados al bergantín, que viró de bordo para la isla. En el camino se encontró con el montado por Sandoval, y éste, como jefe de la armada, exigía que se le entregase el real prisionero, y como se resistiera Holguín, emprendióse larga y enojosa disputa entre ambos. Sabedor de todo Cortés por otro bergantín que se adelantó á pedir albricias, despachó á los capitanes Luis

Marín y Francisco de Lugo para que sin más demoras le trajesen á Cuauhtemoc, ofreciendo dirimir después en justicia la contienda.

Cortés, como hemos dicho, estaba en la azotea de una casa en el barrio de Amaxác, casa que era de un principal llamado Aztacoáztzin. Hízola aderezar con mantas y esteras de hermosos colores para recibir al imperial cautivo. A su lado estaban Marina y Aguilar, Pedro de Alvarado y Cristóbal de Olid. Llegaron los prisioneros conducidos por Sandoval y Holguín. Levantóse Cortés, y con noble respeto del vencedor al héroe



Prisión de Cuauhtemoc y su presentación á Cortés

desgraciado, abrazó con ternura á Cuauhtemoc. Llenáronsele á éste de lágrimas los ojos, y poniendo la mano en el mango del puñal del Conquistador, le dijo las siguientes palabras, con las cuales sucumbía un rey con su raza, con su patria y con sus dioses:—«Malintzin, pues he hecho cuanto cumplía en defensa de mi ciudad y de mi pueblo, y vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, toma luego este puñal y mátame con él.»

Moría ya la tarde, prometiendo tormenta, y entre nubes rojas como sangre se hundió para siempre detrás de las montañas el quinto sol de los mexica.